

CAPÍTULO III

El laboratorio.

Remigio condujo á la dama desconocida al gabinete contiguo, y apretando un resorte oculto debajo de una de las tablas del pavimento, hizo dar vuelta á una trampa que cubría todo el ancho del aposento hasta la pared.

Aquella trampa abierta dejaba ver una escalera oscura, pina y estrecha; Remigio empezó á bajar por ella el primero y dió el brazo á Diana, que se apoyó en él, y bajó después.

Veinte peldaños de esta escalera, ó por mejor decir, escala, conducían á un subterráneo circular, oscuro y húmedo, que por únicos muebles contenía un gran hornillo con su inmenso fogón, una mesa

cuadrada, dos sillas de junco y muchos frascos y cajas de hierro.

Los únicos habitantes de tan pavorosa cueva eran una cabra que no balaba y pájaros sin voz que parecían espectros de los animales cuya semejanza conservaban.

Iban desapareciendo del hornillo los restos del fuego que poco antes había brillado, mientras que un humo denso y negro huía por un cañón introducido en la pared.

Un alambique colocado encima del fogón dejaba filtrar lentamente y gota á gota un licor amarillo como el oro. Aquellas gotas caían en una redoma de vidrio blanco del grueso de dos dedos, pero al mismo tiempo de una transparencia admirable, sujeta por el tubo del alambique que comunicaba con ella.

Diana acabó de bajar al subterráneo y se detuvo en medio de aquellos objetos de formas tan extrañas sin admiración y sin terror: cualquiera hubiera dicho que las impresiones ordinarias de la vida no podían ejercer ya la menor influencia sobre aquella mujer, que no gozaba de su propia existencia.

Remigio la hizo señal para que no se moviese del pie de la escalera, y después encendió una lámpara que arrojó un resplandor lívido sobre los diversos preparativos que acabamos de enumerar, y que hasta entonces dormían ó se agitaban entre las sombras.

Después se acercó á un pozo que se veía en el ángulo más retirado de la cueva, y que no tenía parapeto ni brócal; ató un jarro á una cuerda larga y lo

sumergió en el agua, que murmuraba siniestramente en el fondo, y que dejó oír un sordo ruido producido por el choque; por último, sacó el jarro lleno de agua helada y pura como el cristal.

— Acercaos, señora, dijo Remigio.
Diana obedeció.

En aquella enorme cantidad de agua echó una sola gota del líquido contenido en la redoma de vidrio, y al instante se tiñó toda ella del mismo color amarillo; poco después fué desapareciendo este color y al cabo de diez minutos volvió á quedar el agua tan transparente como antes.

La fijeza de los ojos de Diana era lo único que podía dar una idea de la atención profunda con que contemplaba aquella operación.

Remigio la miró.

— ¿Qué tenemos? preguntó Diana.

— Empapad, dijo Remigio, en esta agua, que no tiene color ni sabor, una flor cualquiera, un guante, un pañuelo; bañad con ella jabones de olor, verted un poco en la cajita de polvos que se usan para lavar los dientes, en la aljofaina que sirve para las manos y la cara, y veréis, como ya se vió en la corte de Carlos IX, que el perfume de la flor sofoca, que envenena el contacto del guante, y que el jabón mata al introducirse en los poros. Derramad una gota de este líquido puro en la mecha de una bujía ó de una lámpara; el algodón se impregnará una pulgada poco más ó menos y durante una hora la lámpara ó la bujía exhalarán la muerte para volver á arder en seguida del mismo modo que otra bujía ó otra lámpara para

— ¿Estáis, Remigio, seguro de cuanto decís? preguntó Diana.

— He hecho ya muchísimas experiencias, señora; ved esos pájaros que no pueden dormir ni quieren comer porque han bebido agua semejante á esta; ved esa cabra que ha rumiado hierba rociada con la misma agua, está muda, y sus ojos se apagan; podemos devolverle la libertad y la luz; pero su vida está condenada, á no ser que la naturaleza revele á su instinto alguno de esos contravenenos que los animales adivinan y los hombres ignoran.

— ¿Puedo examinar esa redoma, Remigio? preguntó Diana.

— Sí, señora, porque todo el líquido se ha precipitado ya; pero esperad un momento.

Remigio la separó del alambique con las mayores precauciones; después le puso un tapón de cera blanca que aplastó en la superficie de la boca, y envolviendo el cuello de la redoma en un pedazo de lana, la presentó á Diana.

Ésta la tomó sin commoverse, la levantó hasta la altura de la lámpara, y después de haber contemplado largo espacio el espeso licor que contenía, dijo:

— Basta, cuando llegue el caso escogeremos un ramillete, unos guantes, una bujía, una pastilla de jabón ó una aljofaina de agua. ¿Tiene este licor acción sobre el metal?

— Lo desgasta.

— Y tal vez se romperá la redoma.

— Creo que no, en vista del grueso que tiene el cristal: además, podemos encerrarla en una caja de oro.

— De modo, Remigio, que estáis contento, ¿no es verdad? dijo Diana, y una pálida sonrisa asomó á sus labios, dándole aquel reflejo de vida que un rayo de luna presta á los objetos confundidos en las tinieblas.

— Más que nunca, señora, contestó Remigio, castigar al malvado es ejercer la más santa prerrogativa de Dios.

— ¿No oís, Remigio, no oís?

Y la dama guardó silencio, mientras que preguntó Remigio :

— ¿Habéis oído algo?

— Belinchos de caballo en la calle, me parece, Remigio, que llegan los que habíamos pedido.

— Es probable, señora, porque á esta hora poco más ó menos debían venir, pero voy á despedirlos.

— ¿Por qué?

— Porque no los necesitamos.

— En vez de ir á Meridor iremos á Flandes; no los despedáis.

— ¡Ah! comprendo.

Y los ojos del criado despidieron un rayo de alegría, que sólo podría compararse con la sonrisa de Diana.

— ¿Y Grandchamp? añadió en seguida. ¿Qué vamos á hacer de él?

— Ya os he dicho que necesita descansar; por consiguiente, permanecerá en París y venderá esta casa, de la cual no tenemos ya necesidad. Lo que sí debéis hacer es dejar libres á todos esos inocentes animales, á los que hemos martirizado por necesi-

dad. Según vuestras propias palabras, Dios cuidará de su conservación.

— ¿Pero y todos esos hornillos, esos alambiques, esos frascos?

— Supuesto que aquí estaban cuando compramos la casa, ¿qué importa que otros los encuentren en ella después que nos marchemos?

— ¿Y los polvos, los ácidos, las esencias?...

— Al fuego con todo, Remigio, al fuego.

— Separaos un poco, ó al menos poneos esta careta de vidrio, dijo Remigio presentando á Diana una máscara que ésta se puso en el acto, y tapándose él mismo la boca y las narices con un gran copo de lana, echó mano á la cadena del fuelle, avivó la llama de carbón, y cuando vió que un hornillo estaba ya perfectamente encendido, arrojó á él todos los polvos, que estallaron presentando fuegos verdes algunos de ellos, volatilizándose otros en partículas pálidas como el azufre y las esencias, que en vez de consumir la llama, huyeron por el conducto como serpientes de fuego con un estrépito redoblado é incesante parecido al de un trueno lejano.

Concluida ya aquella operación, dijo Remigio :

— Tenéis razón, señora; si alguno descubre el secreto de este subterráneo, creará que algún alquimista ha trabajado en él, y hoy, como sabéis, aunque se quema todavía en Francia á los hechiceros, se respeta á los alquimistas.

— Creo, Remigio, replicó la dama, que si nos quemaran se haría justicia con nosotros. ¿No somos envenenadores? Con tal que el día en que suba al cadalso haya cumplido la obligación que me hace

vivir, lo mismo me importa morir á manos del verdugo que de otro modo; así murieron casi todos los antiguos mártires.

Remigio manifestó su conformidad con un gesto, y recibiendo la redoma de manos de su señora, la empaquetó con sumo cuidado.

En aquel momento llamaron á la puerta de la calle.

— Son los caballos, señora, y no os habéis engañado: subid, pues, sin perder tiempo y responded, en tanto que yo cierro la trampa de esta cueva.

La dama obedeció, porque hasta tal punto animaba un mismo pensamiento aquellos dos cuerpos, que hubiera sido muy difícil averiguar cuál de ellos dominaba al otro.

Remigio subió poco después que Diana, tocó el resorte y cerróse inmediatamente la trampa.

Diana halló á Grandchamp junto á la puerta de la calle, pues el ruido le había despertado y acababa de levantarse para abrir. Quedó sumamente sorprendido al saber la próxima partida de su ama, que ella misma le hizo conocer, aunque sin indicarle el punto á donde se dirigía.

— Grandchamp, amigo mío, le dijo, voy con Remigio á cumplir una peregrinación de que hice voto hace mucho tiempo; á nadie hablarás de este viaje ni revelarás mi nombre.

— ¡Oh! Lo juro, señora, dijo el viejo, pero espero al menos que volveré á veros.

— Sin duda, Grandchamp, sin duda. ¿No volvemos á vernos siempre todos, ya que no sea en este mundo en el otro? Pero á propósito, Grandchamp, esta casa es ya inútil para nosotros.

Diana sacó al mismo tiempo de un armario un rollo de papeles, añadiendo:

— He aquí los títulos que prueban la propiedad: alquilaréis ó venderéis la casa y si dentro de un mes no encontráis inquilino para ella ni comprador, la abandonaréis volviéndoos á Meridor.

— Y si encuentro quien quisiera poseerla, ¿en cuánto la daré?

— En lo que queráis.

— ¿Es decir que llevaré el importe á Meridor?

— No, lo guardaréis para vos, viejo Grandchamp.

— ¡Cómo, señora! esa cantidad tan grande...

— ¿Y no te la debo ya por tus buenos servicios?

Y además de mis propias deudas, ¿no debo pagar también las de mi padre?

— Pero, señora, sin un contrato, sin un poder, ¿queréis que haga?

— Tiene razón, dijo Remigio.

— Vamos... hallad un medio, dijo Diana.

— Nada más fácil: esta casa se compró en mi nombre, yo se la vendo á Grandchamp, quien de este modo podrá traspasarla á quien guste.

— Pues bien, hacedlo pronto.

Remigio cogió una pluma y escribió su donación al pie del contrato de venta.

— Ahora, adiós, dijo la dama de Monsoreau á Grandchamp, que se puso á temblar desde que conoció iba á quedarse solo en la casa: adiós, Grandchamp; haced que se acerquen los caballos mientras acabo mis preparativos.

Diana volvió á subir á su aposento, cortó con un puñal el lienzo del retrato, lo enrolló, y envolvién-

dolo en un pedazo de seda, lo puso en la maleta.

El cuadro, ya vacío, parecía que contaba con mayor elocuencia que antes los innumerables suspiros que había escuchado. En cuanto al resto de la habitación, una vez quitado de ella el retrato, no tenía la menor significación, confundiéndose con otra cualquiera.

Después de haber acomodado Remigio las dos maletas, dirigió la vista á la calle para asegurarse de que nadie observaba sus preparativos de marcha, á excepción del guía : ayudando poco después á su ama á montar, la dijo en voz baja :

— Me parece, señora, que esta será la última morada en que vivamos tanto tiempo.

— La penúltima, Remigio, repuso la dama con acento grave y monótono.

— Y la otra ¿cuál será?

— El sepulcro, Remigio.

CAPÍTULO IV

En que se da cuenta de lo que hacía en Flandes monseñor Francisco de Francia, duque de Anjou y de Brabante, conde de Flandes.

Ahora es preciso que nuestros lectores nos permitan dejar al rey en el Louvre, á Enrique de Navarra en Cahors, á Chicot avanzando hacia París y á la dama de Monsoreau en camino de Flandes, donde se propone encontrar á Monseñor el duque de Anjou, últimamente nombrado duque de Brabante, y en cuyo auxilio hemos visto salir de París al gran almirante de Francia Ana Daignes, duque de Joyeuse.

Á unas ochenta leguas de París, por la parte del Norte, las armas francesas ocupaban un extenso campamento á orillas del Escalda. Era de noche, y